

El sujeto y la virtualidad de la época¹

Claudia Pegoraro

“La posibilidad de estar en cualquier lugar a cualquier momento es real”

Blogs: Ubicuidad digital

“Las generaciones jóvenes construyen su imagen y su "ser vistos" en torno a estas redes”
Actas – IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad
de La Laguna, El internauta tecnológicas.

Es un hecho comprobable que nuestra vida cotidiana, nuestro cuerpo, el lenguaje, la relación al tiempo y al espacio se ven afectados por los aportes que la tecnociencia trae a la realidad actual.

Esta mesa nos invita a pensar las incidencias que la era digital, la virtualidad de la época, tiene sobre el sujeto.

¿Qué constituye al sujeto?

¿Es para el campo del psicoanálisis homologable la subjetividad al asunto sujeto? ¿Qué relación podríamos establecer entre estos términos?

Lo que hemos dado en llamar virtualidad de la época, ¿produce nuevas subjetividades?

Tomo una idea sencilla de subjetividad planteada por la antropóloga Paula Sibila “...formas de ser y estar en el mundo, producto de fuerzas históricas en las cuales intervienen vectores políticos, económicos y sociales”.² Agregaría entre estos vectores productores de subjetividad a la tecnociencia.

La época produce subjetividades abordadas por diferentes disciplinas: sociología, antropología, comunicación, etc. Aportes que, desde el psicoanálisis, no desconocemos, pero que no direccionan nuestra práctica.

¹ Trabajo presentado en Lazos, “El sujeto y la virtualidad de la época”. Mesa Redonda, viernes 28 de setiembre de 2018.

² Sibila Paula: “*La intimidad como espectáculo*”. Ed. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2013

Modos de ser y de estar en el mundo. Partamos de esa idea para comenzar a delinear la especificidad de nuestro campo frente a eso que llamamos la época.

Una forma de ser y de estar en el mundo, fundamentalmente, una forma de ser, podemos situarlo como lo que Freud nos enseñara: la arqueología del yo. El yo es esencialmente virtual. Su tesitura es desdoblada del ser, puesto que no es sin el Otro. La imagen con que el otro inviste configurará eso que llamamos “una forma de ser”. Se toma a la imagen como yo. “Yo soy así” sostiene la ilusión narcisista de que un ser pleno es posible, con el consecuente desconocimiento de ese carozo real que la imagen reviste. El ser, por lo tanto, en las antípodas del sujeto.

A esa estructuración del yo, la época se acopla en la oferta de tomar lo virtual como lo real. La pantalla es la realidad. Una realidad sin límites, sin barreras. Una virtualidad que pretende trasponer las fronteras del tiempo, del espacio, y los propios bordes del cuerpo.

Ahora bien, la virtualidad estructural del yo, sabemos, no coincide, no se homologa al sujeto del inconsciente. Elude la división subjetiva. Insisto, el yo y el sujeto, campos disyuntos.

Más allá de interesantes descripciones fenomenológicas del acontecimiento internet, el uso de las pantallas, etc., comparto un fragmento de “El Aleph” de Jorge Luis Borges para extraer algunas hebras de análisis:

“Arribo, ahora, al inefable centro de mi relato; empieza, aquí, mi desesperación de escritor. Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten; ¿cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca? Los místicos, en análogo trance, prodigan los emblemas: para significar la divinidad, un persa habla de un pájaro que de algún modo es todos los pájaros; Alanus de Insulis, de una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; Ezequiel, de un ángel de cuatro caras que a un tiempo se dirige al Oriente y al Occidente, al Norte y al Sur. (No en vano rememoro esas inconcebibles

analogías; alguna relación tienen con el Aleph.) Quizá los dioses no me negarían el hallazgo de una imagen equivalente, pero este informe quedaría contaminado de literatura, de falsedad. Por lo demás, el problema central es irresoluble: la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito. En ese instante gigantesco, he visto millones de actos deleitables o atroces; ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo, recogeré.

En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó,

...vi en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Mirzapur una

baraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las hormigas que hay en la tierra, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo.

Vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.

En la calle, en las escaleras de Constitución, en el subterráneo, me parecieron familiares todas las caras. Temí que no quedara una sola cosa capaz de sorprenderme, temí que no me abandonara jamás la impresión de volver. Felizmente, al cabo de unas noches de insomnio, me trabajó otra vez el olvido”.

El Aleph pone en escena el enfrentamiento del hombre con el infinito, nos muestra la indistinción entre lo imaginario y lo real.

La instantaneidad, todo es posible en el mismo momento, que pone en jaque eso que Borges nos dice, la sucesión del lenguaje, la escansión del tiempo. Hiperconectividad, 24/7. La distancia con el otro pasa a ser banal. En el mismo momento de la ocurrencia de algún acontecimiento se sube una foto. Al instante mismo de recibir un mensaje, hay que responder. O clavar el visto. Un presente continuo, vértigo de los flujos digitalizados, instala otra lógica de la relación al tiempo y por tanto desafía la manera peculiar de vivenciar la propia inscripción en el tiempo. Se propaga lo efímero, lo fugaz del instante.

Ahora bien, si todo es posible de ver, ¿habrá lugar para la mirada?

Y mis ojos maltratados, se refugian en la nada

Y se cansan de ver un montón de caras

Y ninguna mirada

Voces y ninguna palabra³

Si todo puede ser visto o dado a ver, ¿cómo producir esa hiancia necesaria para el advenimiento del deseo, para el clivaje entre el sujeto y el Otro, para que una pregunta pueda instalarse en un análisis?

El ideal del “todo es posible” que la época propone, lleva a quedar sujetos y atrapados en esa vertiginosa búsqueda que rechaza el vacío. Y los ideales propuestos por la cultura, tienen incidencia en la constitución del sujeto. La era digital produce modificaciones en la dimensión del tiempo y el espacio, y por lo tanto, en nuestro cuerpo. Los consultorios mismos están plagados de imágenes aportadas por los analizantes desde sus celulares. Atiborramiento de imágenes que intentan soslayar el vacío que da lugar a la existencia. Hiperconectividad que sume, en ocasiones, en la apatía y el desencanto.

La relación a las redes sociales tiene, para cada quien, diversas implicancias. Puede representar “el escrache”, por ejemplo, coagulando al sujeto en un “ser despreciable” para los demás, con consecuencias en las apariciones públicas de quien tiene una actividad que requiere de público.

O pueden posibilitarle, a una adolescente, poner en juego su seducción, sus celos, sus amoríos y sus desencantos. Largas horas escribiendo y leyendo historias en Instagram.

O producir encuentros inesperados: ver en una página de facebook, su nombre tatuado en el brazo de un padre a quien no ve desde la más tierna infancia. Hallazgo que impacte profundamente en las teorías que alguien puede darse sobre la partida de un padre.

Estas breves referencias clínicas, nos permiten pensar un movimiento en la disyunción planteada al principio entre sujeto y subjetividad: el proceso de subjetivación. Nos importa qué de esa realidad virtual, y en forma más

³ Callejeros: *Cárcel de tiza*.

general la realidad, es subjetivada en la estructura del sujeto. Si esa realidad es sintomatizada, interpela al sujeto, toca sus marcas determinantes.

Proceso de subjetivación, entendida como escrituración, como “la inscripción del sujeto en un entramado que lo preexiste”... “urdimbre en la que el sujeto trama su afiliación al campo del Otro”⁴

Sin negar que la realidad de la época incide en el modo de “ser y estar en el mundo”, nuestro campo está delimitado por la singularidad de cada ser parlante. Así como Freud leía la incidencia de la moral victoriana en las presentaciones histéricas, hoy, estamos advertidos de la simultaneidad e instantaneidad que la era digital nos impone, a contramano de nuestra ética sostenida del no todo. La ilusión del infinito es la punta de lanza que hiere de muerte al deseo, pretensión de eliminar la división, evitando así la expresión de la diferencia, adviniendo de este modo la in-diferencia como modo de expresión de la época.

Ahora bien ¿cómo superar el asombro y los prejuicios para pasar a pensar la “naturaleza” de las redes sociales y los fenómenos que se producen alrededor de las nuevas tecnologías?

Entiendo que es necesario no extraviarnos en eso que llamamos la subjetividad de la época, como una universalización del sujeto, para apostar cada vez y una vez más a la singularidad de las marcas, al modo con que cada quien arma lazos, al estilo de arreglárselas con la falta, o la no disponibilidad de la misma.

Podemos pensar entonces, el ciberespacio como una “superficie escritural donde cada sujeto puede hacer marca con su acto, escribir un guion para dar cuenta de su alojamiento en el Otro, un modo de construir lazo social acorde a su singularidad o bien una experiencia adictiva y desubjetivante”⁵.

⁴ Weskamp, Mariela: *Lecturas de niños en análisis*. Editorial Escuela freudiana de Buenos aires.

• ⁵ María Eugenia Fulvia Farrés, Viviana Veloso y Silvina Ferreira dos Santos: *Sobre contactos y amigos... los lazos sociales en tiempos de conexión*. El Sigma.com. I Congreso mundial de elSigma. 2014

La especificidad del psicoanálisis hará de ese espacio escritural, espacio de lectura, en el cual situar lo que no anda, lo que angustia, lo que retiene al sujeto mortificado, lo que detiene el movimiento vivificante del deseo.